

Santa Águeda de Kuartango

TRAS LAS HUELLAS DE UN VIEJO CARNAVAL / INAUTERI ZAHAR BATEN ILDOTIK

Kuartangoko Agate Deuna

Carlos Ortiz de Zárate / Fotos: Jacinto Rueda Valiente

Kuartango es un precioso valle alavés donde se valoran con entusiasmo las tradiciones como signos de identidad de este colectivo humano. Los mayores transmiten sus conocimientos y vivencias; los jóvenes los recogen, en ocasiones adaptándolos a las nuevas circunstancias. Un ejemplo lo tenemos en esta fiesta, donde Santa Águeda y Carnaval caminan de la mano, emparejándose la makila y la máscara. Así lo hacían los mayores y así se festeja actualmente.

Arabako haran eder honetan ohiturak gogo beroz ahartzen dira aintzat, giza talde honen nortasun ezaugarriak baitira. Nagusiek beren ezagupen eta bizipenak helarazten dizkiete, gazteek hartu egiten dituzte, zenbaitetan garai berrietara egokituz. Jai hau adibide paregabea dugu, Agate Deuna eta Inauteria eskutik baitoaz, makila eta mozorroa elkartuz. Hala egiten zuten nagusiek eta hala egiten dugu gaur ere.

Descripción de la escena

Al toque de cuerno, el grupo de disfrazados salen del antiguo Balneario de Zuazo, cuando ya el sol se ha retirado, doblegado por la noche. El grupo dominante lo componen unos personajes, los Porreros, que llevan a la espalda "cubiertas" de los bueyes –pieles de oveja-, con cencerros a la cintura, polainas con un cascabel, diversos gorros, makila en la mano y la cara pintada de negro. En medio va el oso. Todos ellos están flanqueados por unos personajes vestidos de sacco, con una máscara en la cara y una antorcha o un almirez en la mano; algunos de estos últimos llevan una manta de los bueyes y una cesta para recoger lo ofrecido por los vecinos. Cierran la comitiva dos Ceniceros, con su piel de oveja a la espalda, un sombrero de paja con plumas y un pañuelo cubriendo

la cara, acompañados por un par de personas disfrazadas de sacco, los cuales llevan un balde con ceniza y un pañuelo tapando parcialmente el rostro.

Primeramente se dirigen hasta el Ayuntamiento, de forma más bien desordenada, saltando y haciendo sonar sus cencerros, manteniendo siempre al Oso en medio de la comitiva. El regreso lo hacen en dos filas, llevando un ritmo de ida y vuelta. De vez en cuando se detienen para cantar la canción de Santa Águeda. Al llegar a la parte vieja del pueblo, la marcha uniformada se vuelve a descomponer, reinando esta vez una mayor anarquía. En este momento los niños son perseguidos con saña. A continuación y tras algunas paradas, suben hasta la iglesia y allí le cantan a Santa Águeda, pero sin entrar en el pórtico (lugar vedado para ellos). La subida está acompañada de un toque rítmico de campanas (recordando la costumbre de hacerlas sonar en esta fecha). Junto a la iglesia, el golpe seco de los palos en la tierra, al son de la música, retumba bajo los pies produciendo un gran estremecimiento.

La bajada de nuevo se hace con una marcha rítmica, avanzando mientras se hace un giro de ida y vuelta. A la llegada a la plazuela del Balneario, nos encontramos con un fuego en el centro y varias escenas hogareñas en su alrededor; representa a un pueblo. Unas brujas, que merodeaban y bailan hasta entonces por el lugar, huyen despavoridas al llegar la comitiva. La txalaparta ambienta con sus sonos este recibimiento.

Los Porreros cantan y danzan en torno a la escena del fuego. En un momento de la representación, el que dirige el grupo saca a unas parejas jóvenes al centro, dando una vuelta por el interior y ofreciéndoles pan, queso y vino. Son las parejas que se han casado en el valle desde el último festejo.

Al final de la representación se forma un momento terrorífico, pues todos los disfrazados salen en estampida,



Tocando el cuerno

asustando a la gente, y en especial a los niños. A los pocos segundos, con el toque del cuerno, desaparecen, quedando los espectadores a tomar un vino caliente.

Santa Águeda

Nuestros mayores, hasta tiempos no muy lejanos, celebraban con entusiasmo la fiesta de Santa Águeda. Era una fiesta con mucha raigambre en todas las localidades y, sobre todo, era vivida con especial devoción por los jóvenes, pues ellos eran los protagonistas principales.

En medio de un estilo de vida muy austero, aquellas fechas se destacaban por la posibilidad de que los jóvenes dejaran a un lado los exigentes trabajos cotidianos, y viviesen unos días de armonía, en torno a la buena mesa y a la alegre música. Más de uno podría contar sus excesos juveniles de aquellos años: comer y beber en demasía, las bromas típicas (cambiarle el carro de lugar al vecino, subir una trapa u otro apero de labranza al tejado, etc.).



Coro de Kuartango

El festejo comenzaba la víspera de Santa Águeda, el 4 de febrero, cuando los mozos salían a pedir por las casas, recogiendo todo aquello que las buenas mujeres quisieran ofrecerles: chorizos, huevos, morcillas, tocino, etc. Pero los jóvenes no se conformaban con ello. Al menor descuido, en medio de la algarabía, aprovechaban para "robar" todo aquello con lo que pudieran llenar la cazuela: gallinas, conejos, un queso de la ventana... y hasta algún cordero descuidado. Las mujeres del pueblo conocían sus ladinas intenciones, por ello se ponían a la defensiva. Sus avezados ojos trataban de controlar la situación, pero... todo era inútil. La astucia y rapidez de los jóvenes era superior a las mejores armas defensivas de la mujer de la casa y, además de lo aportado por ella, bajo sus disfraces, llevaban orgullosos algún ilegítimo trofeo... Esta forma de "robo" es un típico elemento carnavalesco.

Todo esto lo vemos representado en la escena en torno al fuego.



Con cesta para pedir

Carnaval

Pero la fiesta de Santa Águeda de Kuartango se superpone a otra no menos importante: un viejo y olvidado Carnaval.

Los jóvenes de algunos pueblos de Kuartango han conservado, durante mucho tiempo, la costumbre de vestirse para este día de Santa Águeda a la manera en que, en tiempos pasados, nuestros antecesores se disfrazaban para el Carnaval. La coincidencia de fechas y la similitud en la realización del festejo terminó, en este valle, por unificarlas en una misma. Es posible que, en este paso, también pudiera influir el hecho de que el Carnaval ha sufrido numerosas persecuciones a lo largo de la historia. No nos podría extrañar que el Carnaval quedase "camuflado" tras un festejo de plena aceptación por las autoridades de la época, como es Santa Águeda.

Veamos algunos de los elementos más característicos de este Carnaval:

PORREROS

En esta fiesta destacan, como disfrazados, los que van con la piel de oveja. Sobre ellos gira el Carnaval, pues son los más representativos de esta tradición.

Los innumerables detalles que conforman su vestimenta han sido recogidos fielmente del recuerdo de nuestros



Grupo de Porreros avanzando

mayores: las cubiertas de los bueyes ("pieles de oveja"), los cencerros del ganado a los que hacían sonar, los diversos tipos de gorros y sombreros, las polainas, la cara pintada de negro, el asustar a los niños, etc.

No olvidemos que estas tradiciones arrancan de épocas muy lejanas, y no sería de extrañar que lo hiciesen desde aquellos tiempos en los que nuestros antepasados eran esencialmente pastores, allá en los albores de nuestra historia. Tendría un sentido de protección de los rebaños frente a enfermedades y alimañas (en especial el lobo), e igualmente un sentido de fertilidad. Así ocurría con las "Lupercales" romanas.

Algunas investigaciones revelan que el ser humano tiene una predisposición a proyectar en los animales todo



Porreros

aquello que no comprende de inmediato; esto explicaría la predilección para ver formas animales en las nubes, en las sombras, en las piedras, en las montañas. Los animales dan forma a nuestros instintos, miedos y deseos. Son como un reflejo en el que vemos proyectado lo que somos, incluso vicios y virtudes; de tal manera que hemos tipificado a la hormiga como trabajadora, a la paloma como pacífica o al cerdo como sucio. Curiosamente, a los animales, a los que ni siquiera se les reconoce el derecho a la vida, si se ve como portadores de poderes mágicos. Disfrazarse con pieles de los animales no era, en el pasado, un simple juego, sino que tendían a identificarse con él por algún motivo; en muchos casos para adoptar las particularidades del animal. Los chamanes solían vestirse con pieles de animales para reforzar sus poderes. Esta identificación con el animal podía convertirse en una "transformación real". No olvidemos que los pueblos primitivos han creído que los humanos nos podíamos convertir en animales: perros, gatos, osos, lobos, etc.

Al vestirse de animal el hombre asume su fuerza mágica, transformándose, de alguna manera, en un dios. Para los pueblos primitivos, el animal de presa representa a menudo una forma de existencia superior a la del hombre. La representación de una deidad local en tiempos pasados sería el equivalente a mostrar en una procesión a un santo o virgen en nuestros días.

Desde un punto de vista psicológico, el disfraz de animal hace aflorar la parte instintiva, animal, que todos llevamos dentro. El ser humano es el único que puede reprimir esta dimensión instintiva, pero también puede deformarla y herirla; y recordemos que el animal nunca

es tan fiero como cuando se le hiere. Como diría Carl G. Jung, "los instintos reprimidos pueden llegar a dominar al hombre; incluso pueden destruirlo"¹. Para que el ser humano viva en equilibrio debe reconocer e integrar en su vida esta dimensión instintiva.

Con el transcurso del tiempo, el disfraz completo de animal fue reemplazado en muchos sitios por máscaras de animales y demonios. La función simbólica de la máscara es la misma que la del originario disfraz animal.

OSO

Por Santa Águeda, los jóvenes de la Ledanía de Luna, al pedir por la zona, solían llevar a un Oso. Era uno de ellos, disfrazado como tal: cubierta de los bueyes por encima, con la cara oculta por la misma piel; en las manos llevaba unos trapos, imitando las zarpas del animal, y en la boca unos gajos de patata a modo de colmillos. Caminaba a cuatro patas y era llevado atado por otro. Con el paso del tiempo, y a pesar de haber desaparecido las vestimentas carnavalescas, en algunos pueblos de Basabe, por la fiesta patronal, era habitual disfrazarse de Oso; los mayores exclamaban: "¡ya viene el oso!", y los pequeños trataban de huir aterrorizados.

La figura del oso ha sido muy común en los Carnavales. Lo tenemos actualmente en Ituren y en Arizkun (Navarra); pero sabemos de su existencia, antaño, en pueblos de Álava como Amézaga de Aspárrena y Araia, o Ullibarrí-Arana, donde el oso, atado a una cadena, subía a las cocinas de las casas, asustando a la gente. En Salinas de Añana el domador perseguía al oso, golpeándole con fuerza en la espalda; ésta la llevaba protegida con una tabla, bajo la piel de oveja. El oso salía también en los Carnavales de Burguete y Maya (Navarra), Bergara y Anzuola (Guipúzcoa) y Elorrio y Markina (Vizcaya).

Existen otros datos interesantes, como el topónimo "Portillo el Oso", ubicado en jurisdicción de la Ledanía de Luna, en la Sopeña de Arkamo. Este lugar se encuentra dando vista a Kuartango, entre la Fuente del Tejao y el Portillo de Peñalta. Parece indicarnos que, en tiempos pasados, este animal merodeaba por estos lares, haciendo estragos en los ganados y sembrando el pánico en estas gentes.

No nos debe extrañar, pues, que el oso haya sido uno de los personajes importantes del Carnaval de tiempos pasados de los pueblos de este Valle, como una manera de conjurar sus desventuradas apariciones.

O quizás como una forma de veneración. Kamar Al Din, un viajero de la India que visitó el Bearn en el siglo XIV, dejó escrito que los habitantes del lugar aseguraban que



Oso

descendían de los osos; y Dominique Prébende, de Santa-Grazi, decía que su padre se oponía a los que querían cazar al oso, "porque el hartz es nuestro antepasado". En el Norte de Europa existía un tipo de guerreros denominados "berserk" (de "ber", oso, y de "serk", piel); al vestirse con la piel de oso creían que se transformaban en este animal, asumiendo su valor, coraje y convirtiéndose en invencibles para sus enemigos en la lucha.

Como la mayoría de los elementos simbólicos, el oso es ambivalente. Por un lado está conceptualizado como animal devorador, por otro se le erige en protector de aldeas, parajes y animales domésticos. Este animal simboliza también el renacimiento tras la muerte; pues cuando el oso abandona su letargo indica que la primavera está cerca. Según una creencia popular, el oso lleva en su vientre las almas de los muertos y por ello le consideran señor de las almas y de la caza.

Ha sido muy recurrente la asociación entre chamán y osos, ambos considerados potentes y peligrosos. En muchas sociedades cazadoras el oso es considerado el chamán del mundo animal, capaz de profetizar el futuro y de curar las enfermedades con hierbas, como hace un chamán.

¹ Jung, Carl G. y otros: "El hombre y sus símbolos". Barcelona 1977. Pag. 239

CENICEROS

Según recuerdan los mayores, tanto en la zona de Basabe como en Andagoia existía la costumbre de que los jóvenes arrojasen ceniza. En este festejo de Santa Águeda-Carnaval, los "Ceniceros" cierran la comitiva, arrojando ceniza a su paso.

La ceniza, al igual que el fuego del que procede, tiene un sentido purificador. Esto es más patente en las hogueras solsticiales. A la ceniza del tronco de Navidad, llamado en Trespuentes "Gabón" y en Agurain "Porrondoko", se le atribuía diversas propiedades: bendecir la casa, curar enfermedades, contra las plagas, etc.

La ceniza, como continuadora del fuego purificador, se ha utilizado en tiempos pasados para ahuyentar a las tan temidas culebras y a otros dañinos animales. Viejas narraciones populares de nuestro valle asocian a las serpientes y a la ceniza.

No olvidemos tampoco que la colada la llevaban a cabo nuestros mayores con ceniza.

Ha sido frecuente en nuestro entorno geográfico (Nanclares de la Oca, Zuya) los "baños de ceniza" para contrarrestar diversas enfermedades, como es el caso de las anginas. Estos baños consistían en introducir los pies en agua caliente, en la que se incluía ceniza cocida y sal. Las piernas se tapaban para aprovechar mejor el calor.

Pero a la ceniza también se le ha atribuido un poder fertilizante. En algunos lugares de Alemania, Francia y España había costumbre de guardar la ceniza del tronco de Navidad y mezclarla con el trigo de siembra. En el mismo Kuartango existía la costumbre de mezclar ceniza con algunas de las semillas para sembrar; este era el caso del nabo.

El sentido purificador de la ceniza lo asumió la Iglesia al integrarlo en su ritual el Miércoles de Ceniza. Es curioso constatar cómo, antiguamente, el cura de Etxabarri de Kuartango utilizaba, para este rito, la ceniza producida por la combustión de huesos del cementerio.

VIEJA DE ARRIANO

Los mayores cuentan que uno de los personajes que solía aparecer era el de la Vieja. Nosotros le hemos puesto rostro a esta anciana: la Vieja de Arriano.

La Vieja de Arriano es el personaje más emblemático de Kuartango. Nadie la ha conocido –si es que algún día existió–, pero todo el mundo habla de ella, de sus dichos y de sus peculiares historias. Incluso fuera del Valle es conocida.

De alguna manera, este peculiar personaje representa a todos los del valle de Kuartango, pues sobre ella, a lo largo de la historia, hemos cargado toda una serie



Vieja de Arriano

de narraciones que, en el fondo, bien pueden ser una proyección de la identidad colectiva.

Una de las tradiciones asegura que era amiga del vino, y que la bota era compañera inseparable de camino, incluso cuando iba a trabajar.

La Vieja de Arriano aparece en la escena del fuego, preparando un vino caliente que, al final del festejo, es compartido por todos los asistentes. Este gesto recuerda a la invitación de vino dulce y galletas que los jóvenes de la Ledanía de Luna hacían a sus convecinos, el día de Santa Águeda, a la salida de misa, en el pórtico.

ENMASCARADOS

Junto a los Porreros caminan, escoltándolos, unos enmascarados vestidos de saco. Si van vestidos de saco es porque algunos tenían la costumbre de hacer un disfraz aprovechando algún viejo saco de tela. Sus máscaras intentan recoger la vieja costumbre en Kuartango, por estas fechas, de ocultar la cara con una máscara hecha, de forma rudimentaria y sencilla, con medio nabo. El objetivo es asustar a los niños.

En las culturas primitivas, la máscara era una forma de imitar o de ponerse en contacto los dioses o espíritus. El que se ponía una máscara se sentía interiormente transformado, y en ese tiempo asumía las cualidades del ser que representaba: dios, demonio, genio... Las máscaras no han sido un adorno meramente transitorio, sino un objeto sagrado.

La utilización de máscaras o pieles de animales reproduce el estado paradisiaco de entendimiento y diálogo entre el hombre y los animales.

Cuando las máscaras representaban a seres diabólicos, lo que pretendían era sacar a la luz las fuerzas negativas para poder expulsarlas, para ponerlas en fuga. De hecho, "masca" significa "sombra", "demonio". No escondían al ser humano y sus bajas tendencias, sino que las manifestaba, para tratar de ponerlas en fuga. Tenían una función liberadora. Es más fácil proyectar nuestros miedos en una máscara demoníaca, que dejarlos en el vacío de lo invisible y lo intangible. La máscara pretendía dominar y controlar el mundo invisible.

Según creen algunos, los enmascarados son los espíritus de todos los ancestros de la comunidad, los cuales resurgen en ese importante momento para mezclarse, en medio del caos, con los vivos. Para evitar que la energía vital del difunto, hombre o animal, quedase a la deriva e inquiete a los vivos, se recurría a la máscara. La máscara captaba esa fuerza vital, controlándola y poniéndola al servicio de la comunidad.

Como estas fiestas estaban relacionadas también con el tema de la fertilidad, pasaron a convertirse, más tarde, en tapadera para las más secretas apetencias de nuestra personalidad.

Con el paso del tiempo, a estas representaciones se les añadió otras: el poder vengarse, sin miedo a represalias, de aquellos personajes reales temidos u odiados, a través de la burla o la crítica.

LAS BRUJAS

Las brujas también forman parte de nuestro festejo ya que, según el recuerdo de los mayores, a veces por Santa Águeda algunos de los jóvenes se disfrazaban de brujas.

Para entender lo que representaban antaño estos personajes hay que traspasar el tiempo y adentrarse en aquella mentalidad, que les acusaba de todos los males que acaecían en el pueblo: la muerte misteriosa de alguna persona, la desaparición de ganado, sequías, pérdida de frutales, malos partos, granizo, plagas, pestes, impotencia de los hombres y esterilidad de las mujeres, etc. Las brujas representaban al mal. Todo lo negativo que sucedía y no tenía una explicación lógica, era achacado a ellas.

Unas veces las brujas eran esas viejas solitarias, desaliñadas y hurañas, las cuales eran miradas con recelo por sus convecinos. En otras ocasiones, las brujas eran personajes misteriosos, invisibles, pero reales –según su parecer–, que habitaban algún lugar específico. Hemos de recordar que aquí, en Kuartango, existían diversas zonas relacionados con las brujas, entre ellos "Mariaran", pequeño valle situado entre Luna y Arriano, y en donde los ancianos aseguraban que habitaban las brujas; y el "Valle de las Brujas", lugar ubicado cerca de Villamanca, donde la

tradición popular también afirmaba que las brujas hacían sus fechorías como, por ejemplo, entorpecer la marcha de los carros. También denominan algunos vecinos "El Valle de las Brujas" al valle que va desde Andagoia hacia Marinda, en Yarto.

Algunos mayores afirmaban que en La Encontrada (Zuya) existían brujas, las cuales subían a bailar a una campa que se encuentra cerca de la sierra Badaia, un poco más abajo del paso de Arnate. Algunas mujeres de Kuartango acudían también allí, a participar de sus akelarres.

En la escenificación, las brujas preceden la marcha de los Porreros y merodean por el pueblo (en la escena del fuego), acechando las casas, y sus gentes, ganados y tierras. La llegada de los disfrazados, con sus purificadores sonidos de cencerros y cascabeles, hará que éstas salgan huyendo.

ESPIRITU DE LA NATURALEZA

Conviene que fijemos la mirada en un pequeño detalle tomado de las narraciones de nuestros mayores: algunos de los sombreros que llevan los Porreros son gorros negros de los que cuelgan "pelendrinas" (hojas de maíz). También cuentan que algunos se ponían un bigote de pelo de maíz.

Otro elemento vegetal son las máscaras de los que van vestidos de saco; representan a las elaboradas antiguamente con la mitad de un nabo, al cual se le había eliminado su parte interior, y se le habían hecho los ojos y boca.



Porreros cubriendo su cara con "pelendrinas"

No ha faltado quien ha visto en estos elementos vegetales una referencia al Espíritu del Bosque, representado en tradiciones populares como el "Hombre del Bosque", o los "Basa-Andreak" (mujeres del bosque), de la Baja Navarra francesa. El ser humano ha visto un paralelismo en el renacer de la primavera y su propia regeneración. Podría ser una llamada a la naturaleza para que renazca y brote, como lo sería también el golpear de los palos, makilas, en Santa Águeda, para despertarla. También sería una renovación y un despertar de las personas.

GALLO

El gallo tiene destacada presencia en los carnavales. Según consta en documentos, en el s. XVI abundante número de personas se disfrazaba totalmente de gallo. No es extraño ver que numerosos gorros carnavalescos están coronados con plumas de esta ave (como es nuestro caso con sombreros que llevan plumas).



Porrero

Antiguamente se creía que el gallo protegía contra los males de garganta. Recodemos que estamos en invierno, y la protección (casa, ropa) y las medicinas no proporcionaban el mismo resultado que en nuestros días.

CABALLO

El caballo es un animal con connotaciones sagradas o mágicas que ya aparece en el arte paleolítico.

En varios carnavales, de una u otra manera, aparece el caballo: el Zaldiko de Lanz, el Zamalzain de las mascaradas suletinas, etc. En esta fiesta de Kuartango se nos muestra

en la cola, incorporada a algunos de los sombreros negros de lana.

Dentro de las diversas teorías sobre su presencia en el Carnaval (vieja divinidad, transporte de almas, etc.), hay una que lo relaciona con el espíritu de la abundancia y la reproducción. Es bastante natural pensar que el espíritu de la abundancia podría tomar la forma de caballo en un país ganadero como el nuestro.

CENCERROS Y CAMPANAS

Según la mentalidad precristiana, una de las mejores formas de acabar o espantar el mal era el ruido. Por Santa Águeda se tocaban a la noche las campanas durante largo tiempo; por Viernes Santo los niños producían una gran algarabía con carracas y matracas para matar a Judas; por Carnaval los jóvenes hacían sonar sus cencerros –grandes y pequeños–, campanillas y cascabeles, y distintos sonidos guturales.

El uso de cencerros, campanillas y cascabeles ha sido constante para promover la fertilidad de la tierra y expulsar a los espíritus malignos. Su uso era habitual en el culto a Dionisos, y actualmente se sigue usando en lugares como África.

Nuestros antepasados solían llevar unos cencerros grandes a la cintura ("zumbos"), generalmente a la espalda. A veces también llevaban otros cencerros más pequeños o campanillas en diferentes lugares: en bandolera, al cuello, etc. En Andagoia recuerdan que llevaban un cascabel en la parte superior de la polaina, y que en las manos algunos portaban un almirez con el cual metían mucho ruido.

BOTINTXA

Uno de los datos recogidos en esta zona era el de perseguir a los niños con la "botintxa", o vejiga de cerdo hinchada. Esto era muy frecuente en los carnavales de distintos lugares. También se golpeaba, en los Carnavales de otras localidades, con trallas de las yeguas, etc.

Para buscar el origen de esta costumbre nos tenemos que remontar, al parecer, a una fiesta romana llamada Las Lupercalias o Lupercales. Eran unas fiestas que se hacían el actual 15 de febrero, en la cueva "Lupercal", (más tarde llamada Ruminal en honor a Rómulo y Remo), situada en el Palatino, y estaban relacionadas con el mundo pastoril. El Palatino era el lugar donde Fauno Luperco tomando la forma de una loba, había amamantado a los gemelos Rómulo y Remo, y en honor de quien se hacía la fiesta. En las fiestas lupercales se ofrecían a la divinidad Luperco unas ofrendas a cambio de protección contra los osos salvajes.



Grupo ante la iglesia de San Pedro de Zuazo

Eran muy famosas. Un cuerpo especial de sacerdotes, los lupercos o Luperci (Sodales Luperci o amigos del lobo), elegidos anualmente entre los ciudadanos más ilustres de la ciudad, sacrificaban a un macho cabrío y un perro -animales impuros- en la gruta de Lupercal, al pie del Palatino. A continuación se realizaba un ofrecimiento de pasteles hechos por las vestales (sacerdotisas de Vesta) con el trigo de las primeras espigas de la última cosecha. Con un cuchillo manchado de la sangre de los animales sacrificados se untaba la cara a dos jóvenes, y después se les limpiaba con una lana mojada en leche; posteriormente los jóvenes daban una carcajada ritual. Una vez cumplido esto, y cortadas las pieles del macho cabrío en tiras, los lupercos corrían medio desnudos, cubriendo con algo la cintura, y azotando a todo aquel que se encontraban; las mujeres jóvenes no debían evitar sus golpes con la "februa" (piel de macho cabrío sacrificado), pues creían que ello les proporcionarían la concepción y les ayudarían en el alumbramiento. Hacían este rito, por un lado, para asegurarse la fertilidad de los animales y mujeres, por otro, con un sentido de purificación, y para preservar el ganado de las alimañas, en concreto del lobo.

Augusto prohibió a los más jóvenes participar en estas fiestas por su carácter licencioso.

Ya en tiempos anteriores a los romanos existían ritos en que algunos personajes enmascarados, amenazaban y golpeaban los espectadores, con fines purificatorios.

ASUSTAR A LOS NIÑOS

Un elemento que no falta en los Carnavales tradicionales, y tampoco en éste, es el asustar y perseguir a los niños, haciendo ruidos y gestos extraños. Los mayores se deleitan cuando narran cómo perseguían a los pequeños si éstos osaban acercarse demasiado cuando iban disfrazados. El miedo y el atrevimiento se entremezclaban en el corazón de los niños. Les gustaba retarles, pero huían despavoridos cuando eran perseguidos de forma amenazadora.

Tradicionalmente sólo ha habido un lugar donde los más pequeños estaban a salvo: el pórtico de la iglesia. Los enmascarados no se podían introducir allí; era terreno sagrado. No es extraño que fuese en este lugar

donde corrían a refugiarse los niños cuando se sentían perseguidos por aquellos endiablados enmascarados.

En nuestro Carnaval, al llegar los disfrazados a la iglesia, no penetran en el pórtico, sino que cantan desde fuera.

PAREJAS DE CASADOS

En un momento concreto en el que todos se encuentran en torno al fuego, el que dirige el grupo saca a escena a las parejas que se han casado en el último año, desde la celebración anterior y les invita a un trago de vino. Los disfrazados elevan una ovación.

Este gesto hace referencia a un bonito detalle que tenían en algunos de nuestros pueblos, el día de Santa Águeda, con las parejas recién casadas: invitarles a cenar.

Era un homenaje de despedida; habían abandonado el colectivo de los jóvenes para integrarse en el de la sociedad adulta. Atrás quedaban las correrías nocturnas y las fiestas; era el tiempo de "asentar la cabeza".

INVITACIÓN AL VINO

Cuando los disfrazados llegan al poblado, representado en torno al fuego, dos de ellos invitan, a los que representan al pueblo, a beber un trago en la bota. Era un gesto utilizado en Andagoia, por Santa Águeda. Antes de

salir a pedir por las casas, dos de ellos iban por todas las casas, subiendo incluso hasta la cocina, para invitar a un trago de vino a los moradores. Más tarde llegarían todos los demás cantando y pidiendo.

Simbolismo

En principio podemos pensar que el Carnaval es una simple fiesta, donde la gente se disfraza y se divierte. Pero es algo mucho más importante.

Muchas son las interpretaciones que les han dado a los Carnavales. Para unos, son una válvula de escape, una terapia colectiva, donde se rompe con el orden establecido por un tiempo, para poder, de esta manera, regresar a la normalidad. Otros los han interpretado como antiguos ritos de fertilidad, y como ejemplo podemos ver la figura del caballo. El Carnaval era, de hecho, una de las fechas preferidas para los enlaces matrimoniales, pues se creía que de esta manera se propiciaba la descendencia de la nueva pareja. No han faltado quienes los han visto desde la perspectiva de los ritos de purificación, subrayando la presencia de los cencerros, almireces, campanas y campanillas, elementos que ayudaban a limpiar el lugar de todos los seres malignos que incansablemente acechan por doquier. Para algunos, los cantos, las bromas, las licencias sensuales pretenden, en realidad, rebajar el temor; una angustia que tiene un origen mágico arcaico: "El que canta, su miedo espanta", "las penas con pan, son menos". Hay quien defiende que el carnaval hunde sus raíces más profundas en los antiguos ritos de iniciación; incluso afirman que ese sería el origen más arcano de nuestros carnavales. Algunos han creído ver que, en el Carnaval, se celebraba el rito de la captura del "oso", pues en esta época, al despertar de su letargo, causaba un gran perjuicio en el ganado.

Una de las interpretaciones atribuye a este tipo de carnaval –el tradicional–, una profunda unión del hombre con la naturaleza. Al llegar el fin de año (invierno), nuestros antecesores se veían angustiados ante la duda de si llegaría un nuevo año. Hemos de entender que su concepto del tiempo no era lineal, como el nuestro (detrás de un año viene otro), sino que cada año, cada ciclo verano-invierno, era un tiempo cerrado. Según su forma de ver la vida, para que llegase un nuevo año había que recurrir al ritual, donde se apremiaba a la naturaleza a abandonar el caos invernal y a abrirse a la nueva etapa. Las comilonas, las fiestas, en el fondo, serían para apaciguar la angustia ante el terror que suponía la duda sobre el futuro próximo. En estos ritos se hacía presente el mal y sus demonios (máscaras terroríficas que asustaban a los niños), pero por otro lado se les exorcizaba con los ruidos (cencerros,



Vino compartido por la Vieja de Arriano

cascabeles) y con el fuego. Había que despertar a las deidades de la naturaleza, para que resurjan plétóricamente recreando el cosmos. En estos ritos se entremezclaban los elementos positivos y negativos, pues no tenían una división radical de bien y del mal, ya que sus dioses eran portadores de ambos simultáneamente. Desde esta perspectiva, los disfraces ancestrales no representaban a animales, sino que eran deidades reales, que se hacían presentes para recomenzar el tiempo.

También se creía que, al finalizar el año, se entraba en un tiempo en que la barrera entre los vivos y los muertos se difuminaba peligrosamente, pudiendo regresar los difuntos a la tierra. Los rituales lo evitaban, acabando con el año en fase de corrupción, y erigiendo un nuevo tiempo.

Al parecer, las mascaradas y danzas de comienzo de año, en Europa, serían vestigios de los ancestrales ritos de primavera, llevados a cabo en lugares sagrados. Al concluir éstos, estaban convencidos de que habían hecho renacer la naturaleza; comenzaba la primavera.

Ambigüedad

A todos nos gustaría saber con certeza absoluta el significado de cada elemento que compone el carnaval tradicional; sin embargo, cuando entramos en el mundo del rito y de la magia, las cosas pierden su claridad meridiana para quedar envueltas en la penumbra de lo ambiguo. Como decían Roberto Marchesini y Sabrina Tonutti al hablar sobre el aspecto mágico de los animales: "Es difícil

trazar los confines del gran continente de lo mágico: es un naufragio en el que los horizontes percibidos son profundamente diferentes, la comunicación es imposible y los comportamientos complicados. Aquí las categorías de lo humano, de lo divino y de lo animal tienden a confundirse en un embrollo de reclamos, de mestizajes, de proyecciones y de oposiciones"².

Puesta en escena

La recuperación de esta fiesta pretende mantener unidas las dos fiestas tradicionales, Santa Águeda y Carnavales, pues así las hemos recibidos de nuestros mayores.

De la primera mantenemos los cantos, el golpear de las makilas, el toque de campanas y el invitar a las nuevas parejas; de Carnaval conservamos los disfraces y el terror que ellos producen, en especial a los pequeños. El pedir por las casas corresponde a ambas fiestas.

Dos planos conforman el festejo: el primero de ellos es más realista, recorriendo el pueblo directamente; el segundo es más representativo, pues se simboliza a todo el pueblo en torno a una hoguera.

El objetivo que se pretende con todo ello es unir a todo el Valle de Kuartango en torno a una bonita tradición de nuestros mayores. No es tanto un espectáculo, cuanto la vivencia de una fiesta.

El día en que se lleva a cabo este ritual es el sábado posterior a Santa Águeda, a las 7 de la tarde, en Zuazo de Kuartango.

² Roberto Marchesini y Sabrina Tonutti: "Animales mágicos". Barcelona 2002. Pag. 14